ISSN: 0213-2079

# CRÍTICA Y APOLOGÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LOS NOVATORES

## *Criticism and apoligitics in the historiography of the Novatores*

ANTONIO MESTRE SANCHÍS
*Catedrático de Historia Moderna. Facultad de Geografía e Historia.*
*Avda. Blasco Ibáñez, 28. 46010 Valencia.*

Sin duda alguna los ilustrados españoles eran muy conscientes de la decadencia cultural española. Decadencia, no sólo en el campo estrictamente científico, sino también en los aspectos culturales en general. Pero es conveniente constatar que, en esta conciencia, los ilustrados eran los herederos directos del planteamiento de los novatores. Estos intentaron superar la decadencia por dos medios. En primer lugar, una mirada a Europa con el intento de conocer los caminos recorridos, para conseguir el ansiado progreso; en segundo lugar, pero no de menor importancia, una profunda reflexión sobre nuestra historia para, observando el pasado glorioso, levantar el ánimo en momentos difíciles. Estos dos medios no eran contradictorios, sino más bien complementarios. Si en la comunicación personal con los europeos exaltaban el modelo a imitar y reconocían la distancia, el estudio de las glorias nacionales constituía el apoyo psicológico de sus proyectos de superación. De ahí surgió su actitud apologética de la cultura española.

Al margen de las ciencias experimentales, resulta evidente que también en el campo de la cultura en general Europa constituye un punto de referencia obligado. Sin incidir en ese aspecto, analizado por François López, y centrando el tema exclusivamente en el campo de la historiografía, las relaciones de los bolandistas (Papebroch con Mondéjar o Nicolás Antonio), de los maurinos con los benedictinos de la Congregación de Valladolid, o de Baluze con Mondéjar, constituyen una prueba fehaciente del interés y esfuerzo de los novatores por seguir la evolución

© Ediciones Universidad de Salamanca 

de las corrientes historiográficas europeas. No podemos negar las aportaciones, significativas y valiosas, de nuestros historiadores a los trabajos de los personajes más decisivos, sin negar, por supuesto, su disposición muy receptiva a consejos, inspiraciones o directrices emanadas de las primeras figuras europeas, Mabillon, Papebroch o Baluze[1]. Resulta claro que, al mismo tiempo, los novatores miraron al pasado español y quisieron estudiar las glorias pasadas. ¿Pero qué glorias?

## DESPRECIO POR LOS FALSOS CRONICONES

Es innegable que los falsos cronicones entrañaban una actitud supersticiosa. Sus autores querían justificar un pretendido pasado glorioso con el dolo pío: una falsa piedad o un pretendido nacionalismo servía para justificar una ficción histórica que cubriese intereses económicos o sociales. Pero su actitud respondía asimismo a un profundo complejo de inferioridad. En un momento de decadencia económica, política y cultural, las supuestas glorias venían a compensar una debilidad real no siempre asumida. Uno de los testimonios más expresivos de esta actitud es el expresado por Gregorio Argaiz al justificar su fe en los falsos cronicones: "lo *uno* porque son los que me dan noticia de la grandeza desta monarquía de España que los tiempos y la antigüedad la tenían muy retirada y tengo que labrar con sus memorias y plumas esta corona real de España por España; lo *otro* porque ha salido un librito con título de *Discurso histórico*, en que su autor y algunos que le asisten... han dado en desacreditar a los que han dado a la nación la gloria que veremos"[2].

Las palabras citadas demuestran la oposición de Mondéjar, porque el *Discurso histórico* era la réplica del prócer castellano a los intentos de atribuir a un falso Hieroteo el origen del cristianismo en Segovia. Esa actitud de repulsa de los falsos cronicones la mantuvo Mondéjar de manera constante, como puede verse en su correspondencia con Pabebroch y constituye el punto de arranque de sus *Disertaciones eclesiásticas*, cuya lectura demuestra el fondo inicial de la polémica sobre el supuesto Hieroteo[3].

1. Sobre la actitud historiográfica de los novatores, pueden verse; MOREL-FATIO, "Cartas eruditas del marqués de Mondéjar y de Etienne Baluze (1670-1690)", en *Homenaje a Menéndez Pelayo,* Madrid 1899, vol. I, págs. 1-39; A. MESTRE, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del siglo XVIII,* Valencia 1970; ID., *Influjo europeo y herencia hispánica. Mayans y la ilustración valenciana,* Valencia 1987; M. A. VILAPLANA, "Correspondencia de Papebroch con el marqués de Mondéjar (1669-1697), en *Hispania Sacra*, XXV (1972), 293-349; O. REY CASTELAO, *La historiografía del voto de Santiago*, Santiago de Compostela, 1985; G. STIFFONI, *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo '700,* Milán 1989; M. DUBUIS, *L'Espagne et Saint-maure. La Congregation de Valladolid dans le mouvement erudit entre 1670 et 1790.*Tesis doctoral presentada en la Universidad de París en 1982.

2. Texto en VILAPLANA, pág. 300.

3. IBÁÑEZ DE SEGOVIA, *Discurso histórico por el patronato de san Frutos contra la supuesta cáthedra de san Hierotheo en Segovia: pretendida autoridad de Dextro,* Zaragoza 1966; ID., *Disertaciones eclesiásticas,* Parte primera, Zaragoza 1671. La segunda parte fue publicada, gracias a los esfuerzos de Mayans, en Lisboa en 1747.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

Mondéjar no estaba solo. Una minoría de hombres de letras, juristas, clérigos o aristócratas, participaban del criterio de Mondéjar. Eran pocos frente a la mayoría social, política o eclesiástica, que defendía con pasión los falsos cronicones. Nicolás Antonio se hará eco de la fuerza de los partidarios del dolo pío: "Después que apareció (el falso cronicón de Dextro) en ella (estampa), son tantos los que le siguen y aprueban, que al contrario, son señalados con el dedo, y aun notados de mal afectos, los que no lo hacen"[4]. Sin embargo, se trataba de una minoría selecta que estaba en relación con las corrientes críticas europeas, contaba con el apoyo de importantes personajes (Papebroch o Baluze) y se manifestó compacta contra semejantes ficciones.

Así Nicolás Antonio trabajaba, ya en 1663, contra el falso cronicón de Dextro y, cuando esperaba completar la lectura de los trabajos de Argaiz y el cronicón de Liberato, escribía con evidente desprecio: "Con impaciencia aguardo los últimos tomos del padre Argaiz, que contienen el Liberato, y demás noticias, que nos va dando este padre del siglo mítico"[5]. No en vano Nicolás Antonio será el autor de la obra más amplia, profunda y decisiva, contra las ficciones del P. Román de la Higuera con la *Censura de historias fabulosas*, aunque sólo fuera publicada por Mayans en 1742. En este sentido, lamentará el triunfo de la mentira presentada bajo la capa de celo religioso, con profundo dolor de los cuerdos y buenos españoles, hasta el extremo de que pueda parecer impiedad combatir las ficciones introducidas (lib. I, cap. 1, n. 3 y 6).

Al desprecio de Mondéjar y de Nicolás Antonio se unirán las lamentaciones de otros novatores. Así Juan Lucas Cortés, el amigo y corresponsal de Nicolás Antonio, escribía al canónigo de Sevilla, comentando la segunda parte de la *Historia de Toledo* del conde de Mora: "Con que todo el libro no parece sino de caballerías, que cierto, es indigna cosa, que, en un tiempo como éste, donde se ha apurado tanto la historia de la verdad y ajustamiento que se requiere, se imprima un libro semejante, y por un autor que, por su calidad y puestos, se debía esperar no escribiese cosa que faltase a la sinceridad y ajustamiento de historia verdadera"[6].

En el mismo sentido, con especial incidencia en el campo religioso, aparece el testimonio del jesuita Tomás de León en carta a Mondéjar. Alarmado por los abusos introducidos en el culto de falsos santos ("abusos que vemos en las iglesias, y de poca seguridad del culto divino y eclesiástico"), exige rigor en la investigación, porque "La piedad descaece mucho con estas ficciones. Y, aunque es verdad que algunos defienden el dolo pío, nunca he sido desta opinión"[7]. También Nicolás Antonio lamentará que con en esta capa de piedad se defiendan los falsos cronicones.

4. N. ANTONIO, *Censura de historias fabulosas,* Valencia 1742, lib. I, cap. 1, n. 6.
5. N. Antonio a Mondéjar, 28-III-1671, en *Censura*, pág. 559-560.
6. J. L. Cortés a N. Antonio, 7-V-1664, en *Ibid.*, pág. 649.
7. T. de Léon a Mondéjar, 20-IX-1668, en *Ibid.,* págs. 673-4.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

Fue un lamento general cuando observaron la expansión de la segunda generación de falsos cronicones, propiciada por Gregorio Argaiz y Lupián Zapata. Mondéjar afirmará que, aunque en todas las naciones existen ficciones, si se publican estos nuevos cronicones, "excederá la nuestra a las demás, y se hará cierta la calumnia de Marcá, que asegura introdujimos el Turpín, como dispuestos por natural genio a semejantes suposiciones"[8]. En estas palabras podemos observar un nuevo matiz: el desdoro de la nación por el triunfo de los falsos cronicones. Este criterio aparece repetido en sus obras. Así en las reflexiones previas que dedica al lector de las *Disertaciones eclesiásticas*, lamenta la aparición del Hauberto Hispalense, "vergonzosa burla de nuestra nación, cuyas continuadas glorias se deslucen y desacreditan torpemente con tan indecentes fingimientos".

De semejante criterio participan los extranjeros, como puede verse en las cartas de Papebroch. El jesuita belga, además de transcribir unas palabras del italiano Francisco Martín Florentino contra los cronicones que tanto éxito lograron en España, expresaba su desprecio personal en múltiples ocasiones. Baste señalar el descrédito español por los falsos cronicones, aunque las *Disertaciones* de Mondéjar vengan a reparar la vergüenza. En ese sentido aconsejaba la edición en latín para que alcanzara mayor difusión en Europa: "quid autem si pro maiori exterarum gentium satisfactione vertatur latine ut sic desinant omne hispanum nomen habere ludibrio propter eiusmodi fictiones, quando videbunt ipsos etiam Hispanos figmenta illa repudiare?" (11-II-1670).

Aunque quien mayor conexión establece entre el predominio de los falsos cronicones y el desprecio de España es Nicolás Antonio. No en vano inicia su *Censura de historias fabulosas* con estas tremendas palabras: "Escribo en defensa de la verdad, de la patria, del honor de nuestra nación. El intento es encender una luz a los ojos de las naciones políticas de Europa, que claramente les dé a ver a los engaños que ha podido introducir en ella la nueva invención de los cronicones de Flavio Dextro" (lib. I, cap. 1, n.1). En esta tarea identifica la causa de la verdad con la de la patria y rechaza la falsas y fingidas glorias de España, reduciendo las glorias nacionales a sus justos límites. Esta actitud, basada en la verdad y en los auténticos valores, supone, a su juicio, un desagravio ante los extranjeros y un motivo de orgullo. "Saco la cara a defender nuestra nación y acreditar con los extraños justamente irritados, o a la risa o en la queja, el siempre recto y severo juicio de los españoles en despreciar la lisonja y contentar su honestísima y heroica ambición con aquellos bienes que les cupieron en suerte, en que se hallan tan mejorados de la naturaleza y de su autor, que tienen mucho que ser envidiados de las demás naciones, y muy poco por qué envidiarlas". Su censura contra los creadores de los falsos cronicones adquiere matices nacionalistas al calificarlos de "autores indignos del nombre español" (lib. I, pac. 1, n. 7).

Palabras dignas que entrañan un respeto por la verdad pero al mismo tiempo una conciencia clara de un pasado glorioso. Este orgullo resulta evidente para

8. Mondéjar a N. Antonio, 14-IX-1664, en *Ibid.*, págs. 656-7.

quien lea con atención la *Censura*, y aparecerá con más claridad todavía en la *Bibliotheca Hispana*. En la justificación de la *Censura,* Nicolás Antonio expone los motivos que le impulsaron a arriesgarse en una empresa ambiciosa y llena de dificultades: poder de la verdad que logrará imponerse con la fuerza de la razón ante el aparente triunfo de la mentira; dolor que experimenta al ver la difusión del cáncer político y religioso que implican los cronicones; deseo de volver por la honra de España; amor de la verdad y odio a la mentira.

Insisto en la devolución de la honra de España. Por un lado, los cronicones mancillan nuestra honra ante Europa por la credulidad con que aceptamos esas mentiras sobre nuestro pasado. Por otro, confiesa con orgullo, no necesitamos inventar méritos falsos, ni atribuirnos glorias ajenas: "Nacimos los españoles en un reino, con quien tan liberal ha andado la naturaleza y la gracia, que no tenemos necesidad, como otros, de mendigar honores, que no son nuestros, o son ajenos". El mayor indicio de pobreza consiste en mendigar valores prestados para cubrir deficiencias que no sufrimos. Basta la conformidad con los propios valores, "aunque conviden con poderosa fuerza a excederlos la lisonja, o el apetito vano de la propia excelencia" (lib. I, cap. 1, n. 9).

Este planteamiento será mantenido por los herederos. Martí, el editor de la *Bibliotheca Vetus,* que constituye el puente con los historiadores ilustrados, censurará la credulidad de Ambrosio de Morales respecto a las inscripciones latinas introducidas por Ciriaco Anconitano, y precisamente en carta a un extranjero, el barón Scipione Maffei. Ferreras, que se consideraba discípulo de Mondéjar, mantuvo una serie de polémicas contra las ficciones históricas. Y si bien su actitud no fue siempre uniforme, la crítica a los falsos cronicones es innegable. Pero será Mayans quien herede el espíritu crítico de los novatores. El editó las *Obras cronológicas* (1744) y las *Advertencias* a la *Historia* del P. Mariana (1746) de Móndejar, pero, sobre todo, la *Censura de historias fabulosas* de Nicolás Antonio (1742), que provocó la irritación del gobierno y la persecución del erudito. No deja de constituir un dato significativo el hecho de que la razón alegada por el Gobernador del Consejo de Castilla (cardenal Molina) para justificar la persecución, fuera el deshonor que recaía sobre España por semejante publicación.

Desde esa perspectiva, se comprende que los novatores buscasen con ansia los auténticos valores que respaldaban el mérito de los españoles ante sí mismos y ante los europeos. Se imponía, por tanto, una mirada a los valores de nuestra historia que consideraban aptos para mantener su dignidad nacional y hasta el orgullo.

## NECESIDAD DE DOCUMENTOS

Los novatores deseaban acabar con la historia mítica que fingía un pasado político o eclesiástico. Y como su criterio era la búsqueda de la verdad, necesitaban establecer un método que permitiese establecer con rigor la diferencia entre la verdad y la ficción. Ese criterio no podía ser otro que la existencia de testimonios fehacientes, en especial documentales. Por tanto, la ausencia de documentos,

coetáneos o inmediatamente posteriores a los hechos, obligaba a poner en cuestión los juicios contenidos en los falsos cronicones. Era, en el fondo, el método expuesto con maestría y de forma sistemática por Mabillón en *De re diplomatica* (1681). Desde esa perspectiva, si los novatores españoles querían acabar con los falsos cronicones, precisaban conocer y hacer públicos los documentos relativos a nuestro pasado. En consecuencia, resulta conmovedor su esfuerzo por encontrar documentos valiosos que justificasen una historia digna de fe.

Respecto a la exigencia de documentos originales, Juan Lucas Cortés celebraba la actitud de los genealogistas extranjeros que comprobaban orígenes y sucesiones familiares "con instrumentos y privilegios antiguos y autores coetáneos". En ese sentido, celebraba el gesto de Dormer de indicar los archivos que había utilizado en sus *Progresos de la historia en Aragón* (1680). Porque Dormer fue uno de los historiadores más conscientes de la necesidad de consultar los archivos. Así lo confiesa con toda claridad: "y no pudiendo disponerse (la historia) sin los materiales necesarios, que se han de buscar precisamente en los archivos de este y otros reinos"[9].

Lo aleccionador es que, cuando no podían publicar semejantes fuentes documentales, las comunicaban a otros investigadores. La actitud de Mondéjar es en este aspecto ejemplar. La lectura de su correspondencia revela gran desprendimiento. Una relación exhaustiva sería pesada y farragosa, pero resulta aleccionadora una breve alusión a los favores que prestó a diversos historiadores.

Etienne Baluze fue uno de los favorecidos por el marqués. Entre los documentos más valiosos enviados por Mondéjar sobresalen los dos volúmenes de concilios, preparados en el siglo XVI por Juan Bautista Pérez a solicitud del cardenal Quiroga, que Baluze utilizó y agradeció. Dado que el historiador francés preparaba su famosa colección de concilios, la solicitud de envío de concilios y sínodos hispanos fue frecuente: Toledo (1562), Valencia (1570), Zaragoza, Tarragona, Lima (1625 y 1629), Goa (1567 y 1606). Sin embargo, Mondéjar ofreció mucho más: sus códices del concilio de León (1058), del inédito de Lugo, de Coyanza, y, entre las obras de nuestros antiguos escritores, el comentario manuscrito de san Apringio (autor alabado por san Isidoro de Sevilla) al Apocalipsis, el *Indiculus luminosus* de Alvaro de Córdoba y el Beato de Liébana.

No menos generoso se manifestó Mondéjar en su correspondencia con Papebroch. Las aportaciones de los novatores a los bolandistas eran conocidas por los historiadores ilustrados, como consta por una carta de Mayans a Burriel. "Los padres flamencos debieron mucho a Nicolás Antonio, al marqués de Mondéjar y a don Juan Lucas Cortés; y si no por ellos, no hubieran podido decir de España tantas cosas buenas"[10]. Pero el conocimiento directo de las cartas de Papebroch revela aportaciones sorprendentes: actas de santos (Teodosia, Nunilo y Elodia, Isi-

9. El pensamiento de Cortés sobre la necesidad de documentos, cf. MESTRE, *Influjo europeo...*, págs. 307-8.

10. Mayans a Burriel, 8-V-1745, en Mayans y Siscar, *Epistolario II, Mayans y Burriel,* transcripción, notas y estudio preliminar de A. Mestre, Valencia 1972.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

dro), libros raros tanto favorables como contrarios a los falsos cronicones (Argaiz, Andrés Dueñas, Padilla, Ortiz de Zúñiga...), breviarios de las iglesias españolas. Era una forma de contribuir al conocimiento y reivindicación de España, en cuya empresa colaboraron Nicolás Antonio y Juan Lucas Cortés. Así lo reconocía Papebroch, al decir con sinceridad: "et primum nobis gratulor talem fautorem et aestimatorem studiorum nostroum, tum Hispaniae tam praeclarum vindicem veritatis contra novitia tot figmenta" (21-V-1669). Junto a la gratitud por la generosidad, el reconocimiento de la lucha de Mondéjar contra los falsos cronicones.

Esta generosidad con los historiadores extranjeros no hizo disminuir la colaboración con los españoles. A Nicolás Antonio facilitó copia de cartas de Pedro de Valencia y de Arias Montano. Pero sobre todos fue favorecido Sáenz de Aguirre. La empresa del futuro cardenal era ambiciosa. Cuando Aguirre publicó la *Notitia* de su proyecto de edición de los concilios, solicitó la colaboración de cuantos poseyeran documentos originales. Las instituciones fueron generosas y los arzobispados de Toledo, Valencia, Burgos, Tarragona, Sevilla, Santiago o Zaragoza, ofrecieron sus tesoros documentales. Pero también lo hicieron personas particulares. Juan Lucas Cortés animaba al autor y, mientras esperaba que monasterios y obispados ofrecieran los originales o que la misma orden benedictina le proporcionase los medios adecuados, también colaboró con generosidad, reconocida por Aguirre en su "Ratio operis ad lectorem". Y otros, Pedro Valero, consejero del reino, y Dormer, pero de manera especial el marqués de Mondéjar, "cuius dono habuimus duo volumina manuscripta quae olim videntur fuisse apud Eminentiss. D. Cardinalem Quirogam archiepiscopum toletanum"[11]. Se trata de los dos volúmenes que había trabajado Juan Bautista Pérez y que, como sabemos, había ofrecido a Baluze. Con su esfuerzo, Aguirre quería perfeccionar el trabajo anterior de García Loaisa, pero señalaba al mismo tiempo el estímulo de los extranjeros que habían publicado sus concilios[12].

Ahora bien, los documentos, dentro de su concepción metodológica, tenían una finalidad clara: descubrir la verdad. Aunque, eso sí, como vimos en palabras de Nicolás Antonio, la defensa de la verdad histórica constituía una apología de la patria y de la religión. Los españoles no necesitaban de falsas glorias, pero sí era menester exponer los méritos históricos.

## La historia eclesiástica

Dadas las íntimas conexiones iglesia-estado, visible a lo largo de nuestra historia, tanto en el campo político como cultural, resulta lógico que los novatores

11. I. Sáenz de Aguirre, *Collectio maxima conciliorum omnium Hispaniae et novi orbis...*, Roma 1693-4. Utilizo la edición del P. Catalani de 1753.

12. "Iustum autem videbatur, ut quemadmodum Itali, Galli, Germani et Angli, omnia concilia vetera et nova cuiuspiam momenti apud ipsos celebrata, studiose colligenda, et simul edenda curarunt", Ibid, pág. 4.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

señalaran las aportaciones religiosas como una de las glorias nacionales. Por lo demás, los cronicones habían tomado la historia eclesiástica como campo preferente para introducir sus ficciones y en ese campo plantearon la crítica Mondéjar o Nicolás Antonio. Pero una cosa era negar los falsos cronicones y otra, muy distinta, aplicar hasta las últimas consecuencias el método del argumento negativo defendido por Mabillón. Esa disyuntiva explica la actitud de los novatores respecto a los orígenes del cristianismo en España.

El caso más clarificador en sin duda la actitud de Mondéjar en sus estudios de historia eclesiástica. Porque uno de sus fines era acabar con las ficciones en el estudio de la iglesia primitiva. Ese fue el motivo de atacar el proyectado culto del falso san Hieroteo o de escribir las *Disertaciones eclesiásticas,* distinguiendo lo cierto de lo dudoso, lo verosímil de lo falso, exigido "por la decencia precisa de la misma Iglesia". En este sentido, afirmará, "descubrir la verdad es sólo mi intento" y, por supuesto, no encontró razones y documentos para demostrar la existencia de san Hieroteo que no ve introducido hasta la aparición del Dextro, fingido por el P. Higuera.

En cambio, se perfila con claridad su interés por defender la venida y predicación de Santiago en España. Era un asunto de profundo calado político-social y Mondéjar defendió con calor la existencia y valor de las tradiciones jacobeas. Las razones que impulsaron al marqués aparecen en la correspondencia con Baluze: "Desde primero del mes que viene empezaré yo a imprimir un apologético en defensa de la predicación de Santiago en España y en satisfacción de los argumentos con que la niega el padre Natal Alexandro, en que he procurado repetir lo menos que he podido de lo que hasta aquí han escrito los nuestros, siguiendo otro camino, sin valerme de tantos testimonios sospechosos como se ofrece en todos, y en que juzgo que haya alguna curiosidad no advertida de nadie"[13].

Ante las palabras de Baluze, que le prevenía del peligro de defender una tradición dudosa entre los sabios y críticos, la respuesta del marqués resulta todavía más clarificadora; suspenda el juicio hasta ver la obra, "pues la principal razón porque la emprendí fue desterrar de semejante disputa tanto número de testimonios supuestos como hasta ahora han introducido los nuestros, más cuidadosos de defenderla con el número que con la solidez de los que bastan para acreditarla" (25-XI-1781). Es decir, Mondéjar pretende sacar las tradiciones jacobeas del mundo mítico de los falsos cronicones y colocarlas en el campo del espacio-tiempo propias del historiador.

Otra cosa es que no se atreviera a aplicar en todo su rigor el método del argumento negativo. Rey Castelao habla de que los novatores tomaron en este asunto una postura híbrida y no se atrevieron a deducir las últimas consecuencias de la crítica histórica. Porque tampoco Nicolás Antonio se atrevió a enfrentarse con las tradiciones jacobeas pues, al rechazar las noticias facilitadas por Higuera de que

13. Mondéjar a Baluze, 13-XI-1680. IBÁÑEZ DE SEGOVIA, *Predicación de Santiago en España, acreditada contra las dudas del padre Christiano Lupo y en desvanecimiento de los argumentos del padre Natal Alexandro,* Zaragoza, 1682.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

antes de Santiago unos judíos huidos habían predicado el Evangelio en España, escribe con claridad: "hacemos ofensa al principado y patrocinio de Santiago, que tiene este lugar en nuestros corazones por haber sido quien nos trujo y enseñó la primera vez el Evangelio"[14]. Del mismo criterio, favorable a la tradición, se manifestó Sáenz de Aguirre, pese al consejo en contra de Manuel Martí, e idéntico fervor santiaguista demostró Juan de Ferreras que, sin embargo, rechazó la tradición de la Virgen del Pilar.

Las tradiciones jacobeas, además de un problema histórico, presentaban al historiador de finales del XVII serias dificultades político-sociales. A las autoridades políticas les interesaba mantener la historicidad por asuntos de regalismo (origen apostólico de la iglesia hispana) y de unidad nacional. Y los historiadores, tanto novatores como ilustrados, aceptaron en su mayoría el criterio oficial. La línea establecida por los novatores fue mantenida por Berganza, Feijoo o Flórez.

Pocas, muy pocas, voces discrepantes podemos encontrar. Manuel Martí, el colaborador de Aguirre, editor de la *Bibliotheca Vetus* y corresponsal de Mondéjar, fue el único (que yo sepa) que expresó su juicio negativo en público. Porque, si se atrevió a aconsejar infructuosamente al cardenal Aguirre que no abordase el tema de las tradiciones jacobeas en la *Collectio maxima conciliorum*, expuso claramente su pensamiento en carta al máximo defensor de la venida de Santiago, al mismo Mondéjar: "De Iacobi in Hispaniam adventu non satis acquiesco. Nam Hippolyti Ostiensis testimonium, quod in hanc rem affertur, commentitium est atque umbratile. Vidi egomet codicem illum Vaticanum, qui olim fuerat Syrleti; nec quidquam in eo subsidii". No hace falta decir que el heredero de esta actitud crítica será Mayans que, en su privada carta al nuncio del papa en España, negó de plano la tradición exponiendo poderosas razones históricas. Precisamente el mismo Mayans censurará con toda claridad el doble juego de Flórez de escribir contra lo que creía, defendiendo una tradición basada en una falsa "piedad" y en un equivocado nacionalismo. Y en el caso concreto de Mondéjar, su juicio traduce la sospecha de que había otros factores distintos a la verdad histórica en la actidud del marqués. Esto explicaría que no siguiera el orden cronológico de los testimonios, porque demostraban la inconsistencia de la tradición de la venida del Apóstol, que, a su juicio, tampoco creía el mismo Mondéjar[15].

Dicho en otras palabras. Los novatores rechazan las falsas noticias introducidas por los cronicones. Buscan la verdad de los datos rigurosos aplicados a la historia eclesiástica, rechazan obispos y mártires fingidos, buscan documentos originales de la iglesia primitiva. En esta línea hay que encuadrar los trabajos de Mondéjar, de Nicolás Antonio o de Sáenz de Aguirre. Pero cuando llegan a las tradiciones jacobeas (que, por supuesto, son muy anteriores a la aparición de los fal-

14. N. ANTONIO, *Censura...*, lib. III, cap. 6, n. 3.

15. El texto de las cartas de Mayans al nuncio sobre las tradiciones jacobeas, en Mestre, *Historia, fueros...*, Apéndice documental. Las palabras de Martí están tomadas de MARTINUS, *Epistolarum libri duodecim*, Madrid 1735, cuya edición preparó Mayans.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

sos cronicones, pues la detectan en la liturgia mozárabe) se detienen: constituyen una gloria nacional y están implicadas en la concepción político-social de la España en que viven. Separan estas tradiciones del mundo de los falsos cronicones pero mantienen y aun defienden su existencia y validez histórica. En el fondo, será la actitud general, salvo honradas excepciones, de los historiadores del siglo XVIII.

## NUESTRO PASADO POLÍTICO-CULTURAL

Como puede observarse, aun en los aspectos de historia eclesiástica subyacen las preocupaciones por España. Su idea de decadencia resulta innegable en todos los campos, políticos o culturales. Una clara expresión de esa conexión político-cultural aparece en la carta de Mondéjar al autor con motivo de la edición de *Progresos de la historia en Aragón* de Dormer, al celebrar el apoyo de las instituciones políticas en una empresa cultural: pues "le asiste el reino con los medios de que necesita para que se publiquen sus escritos, no malogre Vm. esta fortuna, conseguida de pocos en el infelice siglo que vivimos". La idea de decadencia les impulsa a mirar hacia un pasado más glorioso. La historia se convierte así en una tarea científica, pero también en una actividad patriótica.

Mondéjar rememora la fama que gozó España desde los tiempos antiguos como nación próspera y rica, que aumentó con las ficciones de Annio de Viterbo, tan utilizadas por los historiadores posteriores[16]. En esa línea asegura que no hay noticias ciertas anteriores a la llegada de los cartagineses. Aunque alude a los historiadores de Roma (de Polibio a Floro, con el Epítome de Tito Livio), que narran la conquista de Hispania, será Nicolás Antonio quien exalte con entusiasmo el nivel cultural de los hispanos. Así recuerda el estudio del griego entre los turdetanos, el viaje del gaditano a Italia para conocer a Tito Livio o nuestros grandes escritores que enseñaron en Roma (Quintiliano) o admiraron a la clase dominante del Imperio (Sénecas, Lucano, Marcial, Mela...)[17].

Ya conocemos su visión sobre los inicios del cristianismo en España. Mondéjar, como vimos, defiende con calor la predicación de Santiago, celebra el triunfo de "tantos mártires gloriosos", aunque lamenta en cuantas ocasiones puede las vergonzosas ficciones de obispos, confesores o mártires introducidos por los falsos cronicones. Bastan, a su criterio, los conservados por Prudencio y san Eulogio que parecen olvidados (*Advertencias,* pág. 107). Nicolás Antonio, por su parte, que en su *Censura* combatió

16. Casi todos los textos de Mondéjar están tomados de la serie de trabajos que reunió Mayans en MONDÉJAR, *Advertencias a la "Historia" del P. Juan de Mariana,* Valencia 1746. Como es sabido, Mayans incorporó un trabajo de especial valor: *Noticia y juicio de los más principales historiadores de España.* Muchas menos referencias concretas encontré en *Obras chronológicas,* también publicadas por Mayans en 1744. En consecuencia, citaré sólo por el título *Advertencias* y página.

17. Al analizar el pensamiento de Nicolás Antonio, centro mi atención en la dedicatoria a Carlos II y en la amplísima introducción. En el texto de la *Bibliotheca*, como puede comprenderse, cita a todos los autores que conocía, de mayor o menor valía.

las ficciones introducidas en el santoral, cantó en su *Bibliotheca* las glorias de los grandes hombres de los primeros siglos del cristianismo en España: Dámaso, Osio, Paulo Orosio, Idacio, Prudencio, Juvenco, Avieno, Draconcio, Paciano, Apringio...

Ahora bien, al hablar de los visigodos, Mondéjar señala su victoria sobre los suevos y el establecimiento de "su monarquía en España, donde se conservó más de doscientos años". En el campo cultural, el marqués centra su atención en los historiadores y señala la importancia de Idacio y de Paulo Orosio pero, sobre todo, de san Isidoro, que "formó tres cronicones distintos de cada una de las naciones" (*Advertencias,* pág. 108). De mayor amplitud es la visión cultural de Nicolás Antonio, porque insiste en los grandes personajes de la iglesia visigoda, Leandro, Isidoro, Fulgencio, Ildefonso, Eugenio..., que constituyen la gloria de los visigodos en el campo de las letras.

Desde esa perspectiva, resulta lógico que insistan en la barbarie de los árabes y en la importancia de la reconquista. Según Mondéjar, la invasión de los musulmanes fue un castigo por los vicios de los visigodos: "hasta que motivó la providencia divina la acelerada, y no temida, violencia de los árabes para castigar con ella sus graves y execrables pecados", aunque rechaza por falta de documentos la historia del conde don Julián y de la Cava. Quisiera señalar dos matices en la concepción del marqués. En primer lugar los calificativos utilizados contra los musulmanes. Así, al hablar del nacimiento de los nuevos reinos "contra la bárbara opresión de los secuaces de Mahoma, que con igual velocidad que violencia se habían apoderado tiránicamente de su dominio absoluto". O, al referirse al fin del reinado de don Rodrigo, insiste en el "año fijo en que se hicieron tiránicamente dueños de ella los impíos sectarios de Mahoma". Hay, además, un segundo matiz; siempre alude a la pérdida de España, como de una realidad constituida. "Primera venida de los moros a España"; "solicitaron, desde ella (Africa), como tan inmediatamente a la nuestra, fijar el pie en España" (*Advertencias,* págs. 3, 4, 9). En parecidos términos se expresa Nicolás Antonio, respecto a la decadencia culpable de los godos. La caída de los visigodos bajo la tiranía de los musulmanes fue una consecuencia de sus propios crímenes.

El marqués, que insistía en los orígenes políticos de la reconquista, no olvidó las aportaciones culturales de los cristianos coetáneos. Ya vimos el interés por ofrecer a Baluze el Beato de Liébana, o el *Indiculus luminosus* de Alvaro de Córdoba y, por supuesto, conocía y alababa la crónica de Isidoro Pacense, pero no aludía a las aportaciones culturales de musulmanes y judíos. En cambio, Nicolás Antonio celebra las obras importantes de los cristianos en los primeros siglos de la reconquista (Beato y Eterio, Isidoro Pacense, Eulogio, Alvaro de Córdoba...), pero confiesa sin rubor que el gran esplendor cultural de la época correspondía a judíos y musulmanes. El autor de la *Bibliotheca* manifiesta su complacencia al hablar de los autores hispano-judíos, famosos por sus estudios de medicina, filosofía o Escritura que abarca hasta los sefardíes, o del gran esplendor de las letras entre los musulmanes cuyos manuscritos se conservan en gran parte en la biblioteca de El Escorial[18].

18. Cf. los números VIII y IX de su introducción.

En cuanto a la reconquista se refiere, Mondéjar celebra la importancia del nacimiento de los pequeños reinos cristianos. Hay un matiz que interesa resaltar: la importancia atribuida a don Pelayo. El marqués discute la cronología y manifiesta sus dudas sobre las fechas de su elección o de la famosa victoria sobre los musulmanes, pero no duda en resaltar la certeza de su existencia, frente a las nebulosidades que rodean el origen de los otros reinos, ni los hechos maravillosos que acompañaron su gesta. Así, al hablar de los escritores del reino de Aragón, que sigue en celebridad y extensión de dominios a Castilla, señala la inseguridad de los documentos y el intento de "introducir y defender desde los principios del siglo pasado, desde su quimérico y fantástico origen, para competir con el sólido y seguro que dio nuestra monarquía al glorioso príncipe don Pelayo". Y, por supuesto, acepta la herencia de don Pelayo de los reyes visigodos, "el cual con maravillosos y patentes auxilios divinos empezó a restablecer aquella monarquía extinta de los godos, que poco a poco llegó con no menos favores celestiales al supremo auge de su grande y poderosa monarquía"[19].

Mondéjar reconoce la existencia de los otros reinos (Aragón, Navarra, Portugal y Cataluña) cuyos historiadores analiza, pero sus preferencias castellanas resultan innegables. Así, los historiadores del "emperador Carlos Quinto" son analizados en el capítulo titulado "Continuación de las memorias de los reyes de Castilla" y, por supuesto los historiadores de América. En esa línea, Mondéjar, que admira la obra historiográfica de Zurita, no deja de escribir: "aunque le note don García de Loaisa, escribiendo al duque de Feria, de poco afecto a Castilla, y demasiadamente parcial a su patria, ninguno como él conserva tan bien digeridas y expresadas las noticias que nos pertenecen" (*Advertencias,* pág. 114).

Aunque, a decir verdad, no menos apologética es la obra de los novatores aragoneses y catalanes con sus antepasados. Dormer, que dedica los *Progresos de la historia en el reino de Aragón* al "ilustrísimo reino de Aragón en sus diputados", afirma con claridad que "la historia (es) la alma del gobierno del reino", al tiempo que recuerda el repetido encargo de las cortes aragonesas para continuar la obra. Pero inicia la dedicatoria al rey Carlos II de los *Anales de Aragón* (1525-1540) con una clara referencia a las Cortes de 1398 en que el rey Martín alabó la liberalidad, animosidad y fidelidad de los aragoneses a la monarquía, base de sus conquistas; fidelidad que ha continuado con los servicios prestados a la corona en los reinado de Fernando el Católico y Felipe IV, especialmente durante la guerra de Cataluña[20].

Más clara resulta la actitud apologética nacionalista catalana de Feliu de la Peña. La decadencia de su tiempo contrasta con el esplendor de épocas pasadas. Su intento concreto de superar la decadencia cristaliza en un primer paso: el aná-

19. Mondéjar habla en muchos lugares de don Pelayo. Las citas utilizadas en el texto están tomadas de *Advertencias,* pág. 109 y 113, aunque en realidad corresponden a la *Noticia y Juicio* sobre los historiadores ya citada.

20. D. J. DORMER, *Anales de Aragón desde el año MDXXV del nacimiento de nuestro Redemptor hasta el de MDXL...,* Zaragoza 1697.

lisis histórico en el que valen todos los medios, auténticos y fingidos. Así aparecen en la exposición la venida de Santiago y san Pablo con los primeros obispos; la aparición de los tres soles en la Navidad o la ruptura de la montaña de Monserrat el día de la crucifixión de Cristo, el valor militar de los catalanes contra fenicios y egipcios, romanos, godos, musulmanes; sus conexiones con el imperio carolino y la expansión en el Mediterráneo... En esa línea, sobresale el ingenio, la habilidad y natural inclinación de los catalanes a la ciencia y al comercio, dentro de la fidelidad a los monarcas, desde Wifredo a Felipe IV. Al hablar de las causas del esplendor pasado, señala la atención de los reyes, mientras la ausencia y abandono de los monarcas, junto a la despoblación (extrañamiento de los judíos y moriscos, emigración a América) y las consecuencias económicas de la abundancia de oro y plata fruto del descubrimiento, explicarían la decadencia de su querida Cataluña. Esos planteamientos, que explican la decadencia, permiten vislumbrar los caminos para recuperar el antiguo esplendor, especialmente en el campo económico[21].

Ahora bien, todos los novatores, conscientes de la decadencia nacional de que son testigos buscan en el siglo XVI (salvo Feliu de la Peña que centra su interés en la Edad Media) el recuerdo glorioso estimulante para la deseada recuperación. El autor más expresivo, y al mismo tiempo más patético, es Nicolás Antonio. El carácter apologético de su obra no admite dudas. Ya conocemos su confesión en la *Censura de historias fabulosas* y no menos explícito será en su *Bibliotheca*. En 1670, en víspera de publicar su obra, aparecida en 1672, solicitaba de Móndejar unas cartas de Pedro de Valencia, y añadía: "Y todo lo que V.S. me ayudare en esto, será hacer por el honor de la nación, y lo restituiré con toda puntualidad, tanto lo de Pedro de Valencia, cuanto lo de Arias Montano"[22].

La dedicatoria de la *Bibliotheca* a Carlos II constituye un testimonio dramático de su lucha interna entre la conciencia de la debilidad política y el voluntarismo de esplendor y grandeza. Concebida la obra bajo los auspicios de Felipe IV, pensando preparar un trabajo para la eternidad, le dolía haber perdido el tiempo. Sólo la herencia feliz del pequeño monarca es un motivo de esperanza, pues la fuerza regia se oculta en la minoría de edad. En cualquier caso, con su mayoría reparará cualquier deficiencia y, con el ejemplo del monarca, "tunc redibunt atque ingerent sese nostro seculo aurea illa nostrae gentis secula". De nuevo la memoria y el recurso de los Siglos de Oro. Carlos heredará el espíritu de la reconquista, la fortaleza y la magnanimidad de Carlos I, la prudencia de Felipe II, la piedad de Felipe III y la beneficiencia de Felipe IV, augurando así la felicidad de los gloriosos tiempos pasados. El príncipe será como el sol (Séneca) a quien imiten los súbditos, pues es el espíritu vital, y Carlos será otro Alejandro Magno, sin los vicios del griego. Ahí radica su esperanza de superar la decadencia. Es decir, Nicolás

21. (Feliu de la Peña), *Fenix de Cataluña. Compendio de sus antiguas grandezas y medio para renovarlas,* Barcelona 1683. Hay reedición moderna (1975). Dejo al margen el problema de la paternidad completa de Feliu o de las aportaciones de Martín Piles.

22. N. Antonio a Mondéjar, 4-I-1670, en *Censura...*, 658.

Antonio esperaba encontrar en Carlos II las iniciativas y las virtudes que propiciaron la grandeza de los siglos pasados.

Pues bien, uno de los motivos que hicieron grande la monarquía de España fue el apoyo de los reyes a la Iglesia y a la cultura católica. Ese rasgo es el que recordará Sáenz de Aguirre a Carlos II. Al dedicarle *Collectio maxima conciliorum,* el cardenal recuerda el ejemplo de Felipe II entre cuyas empresas sobresale la Biblia Políglota de Amberes, la edición de las obras de san Isidoro, la publicación de los concilios preparada por García de Loaisa o la del Eliberitano a cargo de Fernando de Mendoza. Consiguió así la gloria de Dios, utilidad de la Iglesia y "especial lustre para sus reinos" y para su propia persona. Ese es el modelo presentado a Carlos II, repetido en su reinado con "otra obra en algún obsequio de Dios, utilidad de la Iglesia Universal y en especial de sus reinos". Ese favor cultural va unido a la protección de los monarcas españoles en la defensa de la ortodoxia católica y en la reforma de los abusos. Era, en el fondo, la aceptación plena de la confesionalidad de la monarquía católica y de la intromisión del poder civil en la actividad eclesiástica.

Grandeza política y grandeza cultural de la España del siglo XVI. En este aspecto todos los novatores se manifiestan concordes y todos miraron al inmediato pasado glorioso para reivindicar las glorias nacionales. La empresa de mayor fuste y envergadura fue sin duda la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio. Con el nuevo reinado (de Carlos II) esperaba el esplendor de las letras, y como las glorias literarias españolas no habían sido reunidas, el amor a la patria lo impulsó a recoger los trabajos de los escritores más ilustres.

Si con semejantes ideas finalizaba la dedicatoria al monarca, en el amplio prólogo al lector expone con claridad su orgullo de español. España es patria de reyes y de capitanes de fama universal: grande e ilustre entre las naciones europeas y digna de envidia. Es cierto que Dios repartió sus dones para que no hubiese nación que predominase en todos los campos. Más aún, ese predominio no continúa en todo su vigor, pues la evolución de los pueblos demuestra las decadencias, que no se deben tanto a la naturaleza cuanto a los vicios. Para demostrar ese aserto, Nicolás Antonio alude a Asia, Egipto y sobre todo a Grecia. España, afirma, fue bien dotada por Dios y siempre fue objeto de envidia y a nadie es inferior[23]. Dos cualidades señala como fulcro de su gloria política: fortaleza en la guerra y justicia en la paz. (No deja de sorprender la similitud en el planteamiento con Feliu de la Peña y con Dormer). Ahora bien, los españoles no sólo sobresalieron por la guerra y el poder político (Marte y Júpiter) sino también por las artes y la literatura (Minerva y Apolo).

23. Transcribo sus palabras iniciales como testimonio de su conciencia: "Clarissima toto orbe terrarum, ac per omnem eius aetatem, regionum Europaearum princeps, mundique ab oceano surgentis HISPANIA peperisset utique sibi magnum satis decus atque ornamentum famae non intermoriturae unquam, sed a praestantissimis quoque aliarum gentium populis invidendae, si solum reges optimos ac fortissimos duces, belli fulmina milites, atque omnium virtutum politicarum exempla posterorum memoriae atque imitationi consignasset".

© Ediciones Universidad de Salamanca 

Nicolás Antonio confiesa la decadencia cultural de los cristianos en los primeros siglos de la reconquista pero, a partir del siglo XIII (conquistas de Fernando III y Jaime I) empiezan las obras literarias dignas de recuerdo, tanto en Castilla (Rodrigo de Toledo y Lucas de Tuy) como en Cataluña-Valencia (Raimundo de Peñafort, Arnau de Vilanova o Ramón Llull) (n. X). Ahora bien, sin despreciar a los escritores del siglo XV, el gran esplendor se inicia con los Reyes Católicos en que se incorporaron los adelantos culturales de Italia y Francia, con las universidades de Salamanca y Alcalá, cuya Políglota le merece un caluroso elogio (n. XI). Y aquí empieza el canto al Siglo de Oro de la cultura española.

En 17 capítulos divide las aportaciones culturales hispanas (núms., XII al XXVIII). Empieza por la teología, con el elogio de la escuela de Salamanca (desde Vitoria y Cano a Báñez, Molina y Suárez) en que "propria sunt nomina scientiarum apicis sacrae theologiae". Y no les van a la zaga los moralistas pues, como es sabido, después de Trento la moral adquirió un claro matiz de autonomía científica respecto al dogma. "Omnes fere huiusmodi commentariorum paginas complent Hispani", afirma para indicar los grandes nombres: Martín Navarro, Soto, Medina, Toledo, Lugo... En el mismo campo de las ciencias teológicas, nadie niega la supremacía de los españoles en los estudios bíblicos (Maldonado y Arias Montano, entre otros) o su valor y agudeza en las polémicas doctrinales, con los herejes o con motivo de las diferencias de escuela (Soto, Pérez de Ayala, Suárez...)

Otro aspecto merece la atención de Nicolás Antonio: la ascética y los tratados de espiritualidad, especialmente los escritos en castellano. Un autor sobresale en sus preferencias: Fr. Luis de Granada. Aunque, a decir verdad, aparecen los más sobresalientes en la primera relación (Alfonso de Madrid, san Juan de Avila o santa Teresa) salvo san Juan de la Cruz, cuya ausencia en esa larga enumeración inicial resulta sorprendente. Esta visión de los escritores en castellano se completa con el elogio de los grandes prosistas o los poetas, aunque reconoce que a su genio no se unen el arte y la erudición. Este aspecto resulta evidente en el teatro de Lope que no sigue las unidades aristotélicas. Pero no falta el elogio de los grandes escritores del Siglo de Oro, de Garcilaso o Fr. Luis de León a Góngora, Lope y Quevedo. En otra línea, también aborda Nicolás Antonio el mérito de los filósofos que estudian la naturaleza o comentan el pensamiento de Aristóteles y especifica los cuatro grandes autores, reconocidos por todas las naciones: Vives, Fox Morcillo, Ginés de Sepúlveda y Pedro Juan Núñez, con otros de gran mérito (Soto, Suárez, Vázquez...) O los juristas que, después de los antecedentes de Italia y Francia, alcanzaron su nivel y en ningún caso fueron inferiores (Antonio Agustín, Azpilcueta, Covarrubias...).

Hay tres aspectos que, a mi criterio, merecen una atención especial.

1) Los misioneros. Nadie como los españoles han contribuido a la extensión del nombre cristiano. Este juicio introduce a Nicolás Antonio en el problema del descubrimiento y de la evangelización de América. Su actitud es clara: ladren los extranjeros, o nuestro Las Casas, la actividad apostólica española en América merece el mayor reconocimiento. He aquí sus palabras textuales: "Oblatrent quamvis caninae hostium linguae hispano-indicam hanc expeditionem et Casae nostri ostentatis libellis huius elevare contendant meritum. Paucorum et iniquorum homi-

num auro inhiantium crudelitati tot religiosissimos opponimus duces, tot vires apostolicos, qui sacro-profanum apud eas gentes auspice Deo imperium statuerunt et quotidie magis ac magis sub iisdem legibus et disciplinae dilatare satagunt". La sombra de la leyenda negra se vislumbra en el horizonte cuando leemos la defensa vibrante de Nicolás Antonio.

2) La apología de las ciencias exactas y la medicina. Resulta, en principio, una actitud sorprendente. En el momento del nacimiento de la ciencia moderna, después de Galileo, y escribiendo en Roma, Nicolás Antonio no duda en exaltar las aportaciones de Francisco Vallés en el campo de la medicina, cuya actitud era anterior a los grandes descubrimientos del siglo XVII. Pero llama la atención sobre todo la afirmación de que en el estudio de las matemáticas no somos inferiores a las otras naciones. "Idcirco in unaquaque harum disciplinarum adeo instruxit plures Hispania, ut nulli debitemus cum exterorum potissimis in comparationem descendere". Claro que, en el momento de indicar nombres, el lector actual puede observar el escaso nivel de nuestras aportaciones (Jerónimo Muñoz, Pérez Moya, Martínez Silíceo, Jaime Falcó...) O lo que es más sorprendente, el elogio de nuestros astrónomos, después de los descubrimientos de Copérnico y Kepler.

3) Finalmente, el problema del humanismo español. Nicolás Antonio es consciente del escaso nivel de los estudios filológicos entre nosotros. Esa conciencia explica sus primeras palabras: alguien no nos concederá tanto crédito en humanidades y filología, al tiempo que indica los nombres de quienes nos niegan este mérito (Barclay, Mérula, Goltz...) El autor de la *Bibliotheca* acepta el reto y se siente obligado a matizar. Ese juicio negativo es cierto, mirado el número de humanistas, pero falso en cuanto a la calidad, porque durante los dos últimos siglos tuvimos personalidades comparables a los extranjeros. Y, en cualquier caso (y no deja de sorprender), intenta explicar esa deficiencia al afirmar que los ingenios más agudos se dedican al estudio de "severiores disciplinae"[24]. El valor de nuestros humanistas aparece demostrado, a su juicio, por las personalidades que estudiaron la lengua hebrea (los que elaboraron la Políglota de Alcalá, Arias Montano), griega (Vergara, Barbosa, Pinciano, Ginés de Sepúlveda, Núñez) o latín (Nebrija, Vives, Sánchez de las Brozas).

Estamos ante un juicio que sus herederos intelectuales se vieron obligados a matizar. Martí, por ejemplo, anima a la juventud española, en la dedicatoria de la obra poética de Ruiz de Villegas, a seguir el ejemplo de los grandes humanistas del XVI (Nebrija, Vives, Ginés de Sepúlveda, Sánchez de las Brozas...)[25]. Pero en privado lamentará amargamente el desprecio de las autoridades (civiles y eclesiásticas) y de la sociedad española por los estudios clásicos. Entre las numerosas

24. "Fervidi enim et perspicacis ingenii vis, alta quaeque petens, ad speculativas plerumque artes, aperiendumque mentis acie novas in penetralia totius philosophiae, tam sacrae quam naturalis, vias, ab studiis iis quae pertinaci lectione et observatione foventur, diligentiaque magis et industria, quam subtilitate et inventione constant, avocare et abstrahere solet mortalium acutissimos..." (n. XXI).

25. *Ferdinandi Ruizii Villegatis, Burgensis quae exstant opera,* Emmanuelis Martini, alonensis decani, studio emendata et ad fidem Castelviniani codicis correcta, Venecia 1734.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

quejas por la incomprensión que experimenta por sus estudios greco-latinos, escojo esas doloridas palabras: "En cuanto a editar nuestras tonterías (especialmente en este país), se han venido abajo todas las esperanzas. Para ello, ¿dónde hay tipos griegos, que son de estricta necesidad para la edición de nuestros escritos? ¿Dónde hay tipógrafos que pudieran correr con los gastos? Por consiguiente, si algo he elucubrado (que en realidad es de poco peso y desdeñable), todo ello, cualquiera que sea su valor, lo consagré a mi propio genio"[26]. En palabras del deán, existía "cierto genio maligno de España", manifiesto en la oposición de los monjes de El Escorial, "grifos, inoportunos y hostiles", que impiden el acceso a los tesoros de la biblioteca, de pedagogos y frailes que se oponían al estudio de los más importantes clásicos (Terencio en la universidad de Valencia), o de políticos que no prestaban los medios para la edición de sus *Epistolae* para las que no había dinero, que "si fuera para putas o comediantas (que es lo mismo), alcahuetas o gitanas (que es lo propio), o bufones, desde luego se hubiera asentido a ello"[27].

Y el mismo Mayans, el gran admirador de Nicolás Antonio, tampoco participaba de su criterio. Es probable que don Gregorio fuera el mejor conocedor en el siglo XVIII de nuestro humanismo a cuyo conocimiento contribuyó como nadie, con las ediciones de Sánchez de las Brozas y Vives, entre otras aportaciones. Sin embargo, conocía bien, por experiencia propia y por sus trabajos eruditos, el escaso valor de las aportaciones españolas en el campo de los estudios clásicos. Sus palabras, en carta a Guillermo Tyrry, son exponentes de su criterio, por desgracia demasiado certero: "Aunque España ha tenido los hombres más inteligentes en la lengua griega que han logrado estos últimos siglos, como los de Núñez, el Pinciano y el Valenciano, los dos Vergara, D. Manuel Martí y otros, nunca se ha impreso algún autor clásico griego. La Biblia del cardenal Cisneros, de inmortal memoria, es casi el único monumento que podemos ostentar. Es cosa vergonzosa que nunca se haya impreso el Derecho Civil, ni el Canónico; las letras empezaron a florecer y no tomaron asiento. Los impresores no han sido estimados, ni favorecidos; y por decirlo en una palabra, se han ignorado los medios de propagar las letras"[28]. Esta queja de la escasa capacidad de nuestros impresores es una constante que se arrastra desde Mondéjar (en cartas a Baluze) a Martí y Mayans.

De cualquier forma, el siglo XVI es punto obligado de referencia cultural de todos los novatores. Además de los elogios de Nicolás Antonio y la búsqueda de obras inéditas de Pedro de Valencia o de Arias Montano cuando preparaba la *Bibliotheca,* hay un ejemplo sorprendente. Cuando Dormer publica la biografía de

26. Martí a Mayans, 14-I-1722. El texto latino puede verse en *Epistolarum libri sex* de Mayans (1732), en *Epistolarum libri duodecim* de Mari (1735) y en G. MAYANS Y SISCAR, *Epistolario III, Mayans y Martí,* Valencia 1973. La visión que Martí tenía del estado cultural de la España de su tiempo, cf. L. GIL FERNÁNDEZ, "La España de Felipe V vista por el deán Martí", en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez,* Madrid 1986, vol. III, págs. 279-303.

27. Martí a Mayans, 29-II-1732, en G. MAYANS Y SISCAR, *Epistolario II...*

28. Mayans a G. Tyrry, 20-VI-1750, en A. MESTRE, *Correspondencia de los ilustrados andaluces,* Sevilla 1990.

© Ediciones Universidad de Salamanca 

Gerónimo Zurita, en los *Progresos de la historia en Aragón*, no duda en dedicar el libro IV a la correspondencia con los principales hombres de letras coetáneos. Allí pueden leerse las cartas cruzadas por Zurita con Antonio Agustín, Honorato Juan, Juan de Vergara, García Matamoros, Ambrosio Morales, Alvar Gómez de Castro, Páez de Castro, Diego Hurtado de Mendoza, Gonzalo Pérez, Pedro Juan Núñez, el Comendador griego... Es decir, los grandes humanistas del XVI. Pero lo más sorprendente es el coro de novatores que se unen a las alabanzas de Zurita. En primer lugar, Mondéjar, que consideraba al aragonés el mejor historiador del XVI (superior a Morales y a Mariana), Nicolás Antonio, Juan Lucas Cortés, Pellicer de Ossau, Antonio Solís, Fernández del Pulgar... Era una toma de postura unánime, en favor de la historia crítica que pretendían implantar los novatores, pero también la añoranza de los grandes humanistas e historiadores del siglo XVI.

* * *

Finalizo estas reflexiones. Los novatores en el campo de las ciencias sociales demuestran un elevado nivel intelectual que confirma los inicios del resurgimiento cultural en el reinado de Carlos II, paralelo al producido en el campo de las ciencias exactas. Confiesan su decadencia, como haría Cabriada, respecto a Europa, pero afirman, con dignidad, el valor de las aportaciones hispanas a la historia cultural europea. En ese proyecto, la historia constituye un factor esencial. Quieren utilizar su pasado glorioso, tanto político como cultural, para superar sus complejos y alcanzar el nivel europeo. En su estudio del pasado encuentran una lacra: los falsos cronicones, que intentaron superar con la historia crítica. Los verdaderos valores, demostrados con documentos fehacientes, son suficientes para enaltecer España y hasta para suscitar la envidia de otras naciones. Sólo en el caso de las tradiciones jacobeas manifiestan una actitud incongruente con el método predicado. Esa exaltación fervorosa de nuestro pasado es, a su criterio, una razón más que suficiente para esperar una rápida recuperación. De hecho, la línea apologética, visible entre los ilustrados españoles, tiene su origen en la actitud de los novatores.

© Ediciones Universidad de Salamanca 